

EXIJA
TRIUNFO



✓ **COLO COLO-BOCA:**
TODO SE DEFINE
EN EL MONUMENTAL



✓ **JOSE CASTRO**
Y SUS GOLES
POLEMICOS.

La Nación

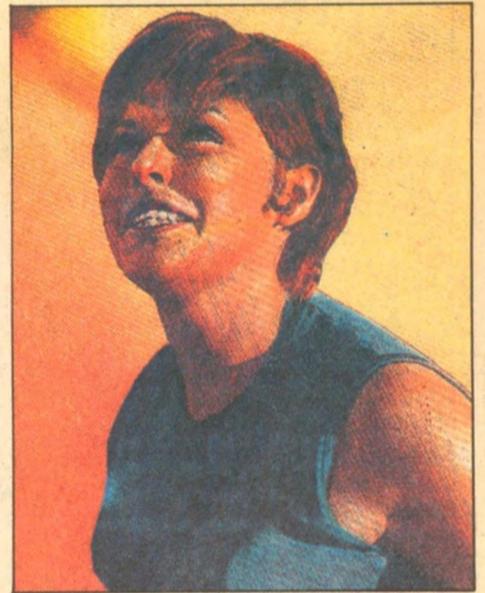
*Fundado en 1917 • Santiago de Chile, lunes 20 de mayo de 1991 • Año LXXV • N° 24.431 • \$ 140 • Regiones I y II \$ 160 • XI y XII \$ 190

EXCLUSIVO

“Tengo necesidad de ser perdonada”, dice

EX AGENTE LUZ ARCE DA SU VERSION

● *En un país de Europa accedió a contar por qué habló para la Comisión de Verdad y Reconciliación* ● *“Para traicionar a alguien hay que haberse comprometido con él”* ● *“Gracias a la ayuda de mucha gente pude sentir a Dios”* Págs. 2 y 3



Luz Arce, en tiempos más felices.

H O Y

140 MILLONES DE PREMIO PARA EL COLO

28

EXTREMISMO SACUDE AL PERU

26

PINOCHET DESCONCERTO A BRITANICOS CON SU VIAJE

7



ESPERANDO BAJO LA LLUVIA

Con la primera lluvia “en serio” en la temporada, tanto los sectores urbanos como campesinos de la Región Metropolitana sintieron un alivio considerable tras la prolongada sequía. En la foto, captada en la zona norte de Santiago, en Colina, algunos trabajadores rurales esperan que escampe. En otros sectores del país se hicieron rogativas para que continuaran las precipitaciones. Pág. 10

Desde Europa habló para LA NACION

Primera entrevista a la ex agente Luz Arce

"En la DINA y en la CNI conocí muchas personas por las que sentí afecto... No puedo olvidar al oficial que cuando supo que me habían aceptado la renuncia en la CNI, me dijo: "Tengo que confesarte que yo te manipulé".

LA NACION / Desde Europa

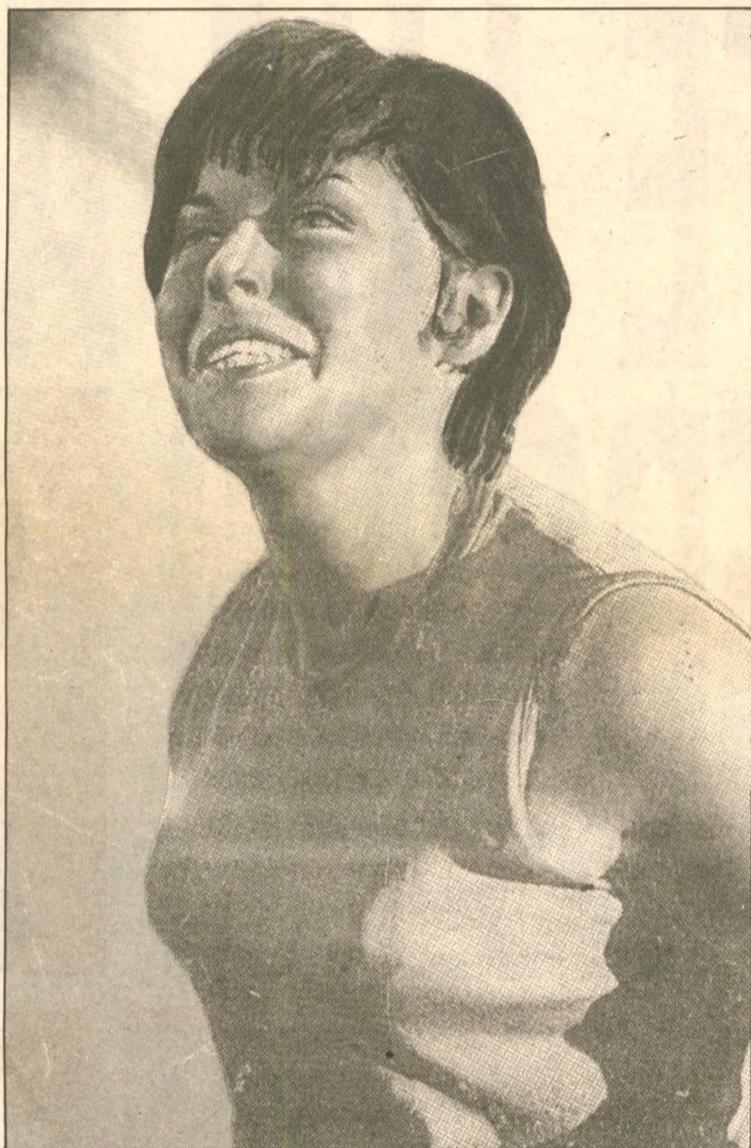
Ha cambiado. Ya no es la mujer asustada, de apagada belleza, que un día de noviembre de 1990 llegó hecha un ovillo en el piso de un automóvil hasta la Comisión de Verdad y Reconciliación. Tampoco es la fría y distante colaboradora de la DINA que conocieron muchos sobrevivientes. Y, enterrada en el tiempo, quedó aquella voluntariosa revolucionaria de insolente atractivo de los años '70.

Han transcurrido varios meses desde que Luz Arce abandonara Chile tras declarar extensamente ante la Comisión Rettig sobre su colaboración con la DINA. Fue la primera sorprendida al comprobar que ese texto había trascendido a la prensa. Desde lejos, ha seguido paso a paso todo lo que se ha escrito sobre ella. Los epítetos: "delatora", "traidora"; y también lo que habla del perdón y la comprensión de otros prisioneros que sobrevivieron a los campos de la DINA. Es indudable que ha cambiado, pero, ¿qué siente?, ¿cómo se enfrenta al futuro y a sus hijos?, ¿está arrepentida? Desde su nuevo refugio, en algún país de Europa, Luz Arce aceptó hablar de todo aquello en forma exclusiva para LA NACION.

—¿Cómo llegó a tomar la gran decisión de contar ante la Comisión Rettig lo que había visto y vivido mientras estuvo en la DINA?

—Meses antes que se produjera el momento, ya había tomado la decisión de declarar, pero tenía miedo. Miedo de revivir todo y por eso tuve que vencer muchas contradicciones. Pensaba en las familias de los hombres de la CNI y de la DINA que debería mencionar, pensaba en tantas cosas. Hasta que un día tomé una decisión: si llegan hasta mí, declaro. No me voy a esconder... Y llegaron.

—¿Cómo se imaginaba usted a las personas que iba



"Tengo la necesidad de ser perdonada... Creo que sólo los cobardes no piden perdón".

a tener que enfrentar? ¿Les tenía miedo también?

—Esperaba unos hombres que a medida que me fueran escuchando irían tomando distancia de mí, asqueándose, intentando alejarse lo más pronto posible.

—¿Por qué? ¿Tan crítica era de usted misma?

—En esos días trataba de asumir la basura que honestamente sentía que era. Y para eso me repetía una y mil veces: es la cuota de humildad que precisas para aceptar lo que eres, una delatora, una traidora.

—¿Traidora con sus antiguos compañeros de la DINA?

—Cuando ingresé a la DINA, firmé en el servicio de personal la Hoja de Vi-

da y un papel. Firmé un pacto de vida o muerte. Años después, días antes de viajar a Uruguay, me hicieron firmar otro igual en la CNI, que decía que empeñaba mi vida si reconocía mi pertenencia al servicio o daba detalles de la misión que se me había encargado. Además, decía que si era sorprendida en un país extranjero, el servicio negaría toda vinculación conmigo.

"Ambas cosas las firmé. Así es, el agente asume todas las responsabilidades aunque sistemática y reiteradamente quede solo y abandonado a sus propios medios. Pero nunca sentí esos documentos porque para asumir un compromiso hay que ser libre. Para traicionar a al-

guien hay que haberse comprometido con él. A quien yo sí traicioné fue al PS, a la izquierda, a mis compañeros. No a la DINA".

—¿Así se presentó ante los miembros de la Comisión Rettig que la recibieron?

—No. Encontré personas que sólo estaban en el área de mis sueños locos: sensibles al dolor ajeno y que no hacían diferencias de ideologías o doctrinas. Percibí que entre ellas había un lazo de unión que iba más allá que todo eso. Lo impresionante para mí fue que yo había conocido seres así en mi ámbito personal, pero nunca pensé encontrar apoyo, comprensión, y hasta afecto en personas extrañas a

mí. Sólo tengo palabras de agradecimiento para ellos.

—¿No sentía que debía lealtad a algunas personas en la DINA?

—Debo reconocer que en la DINA y en la CNI conocí muchas personas por las que sentí afecto. Vi agentes con los ojos llenos de lágrimas frente a la tortura. Vi a un oficial que día tras día, sacrificando incluso aspiraciones en su carrera militar, intentaba probar que las cosas podían ser distintas. Hubo quienes a escondidas me llevaban un sandwich. También recibí muestras de comprensión y de apoyo. Nunca olvidaré a una funcionaria del casino que, al enterarse de que estaba enferma del pulmón se empeñó en lavar mi ropa y la de mi hijo hasta que me recuperé.

"Tampoco puedo olvidar al oficial que cuando supo que me habían aceptado la renuncia en la CNI, me dijo: 'Tengo que confesarte algo: yo te manipulé'. Podría relatar mil confidencias...".

—¿Está diciendo que los integrantes de la DINA en su mayoría eran "blancas palomas"?

—El paso por la DINA y la CNI fue una experiencia límite, pero quiero apuntar a otra cosa. Al entrar a la Comisión de Verdad y Reconciliación, lo primero que dije fue: "No vengo a hablar pestes, no pretenden que sólo les hable de malhechores porque no es así. También allí había personas, unos más sensibles que otros. Incluso, hay quienes merecen mi reconocimiento, respeto y hasta mi afecto".

"La primera sorpresa fue que en la comisión me dijeron: 'De eso se trata'".

—¿Siente odio contra alguien por la experiencia que vivió?

—No. Nunca sentí odio. Durante mucho tiempo pensé que el miedo era tanto que me impedía tomar conciencia o expresar odio o rencor. Hoy tengo la certeza: no odio, porque entiendo y cuando se entiende, se perdona y cuando se perdona, se puede amar.

—Seguramente usted ha sentido la muerte muy cerca más de alguna vez. ¿Tiene miedo a morir?

—La cercanía de la muerte y la muerte moral me llevó a desear morir. La muerte es como una amiga que al llegar me llevará. Sé que es una secuela de lo que viví, pero no tengo miedo a morir y hoy menos. Hoy, como cristiana, sólo temo a la muerte del

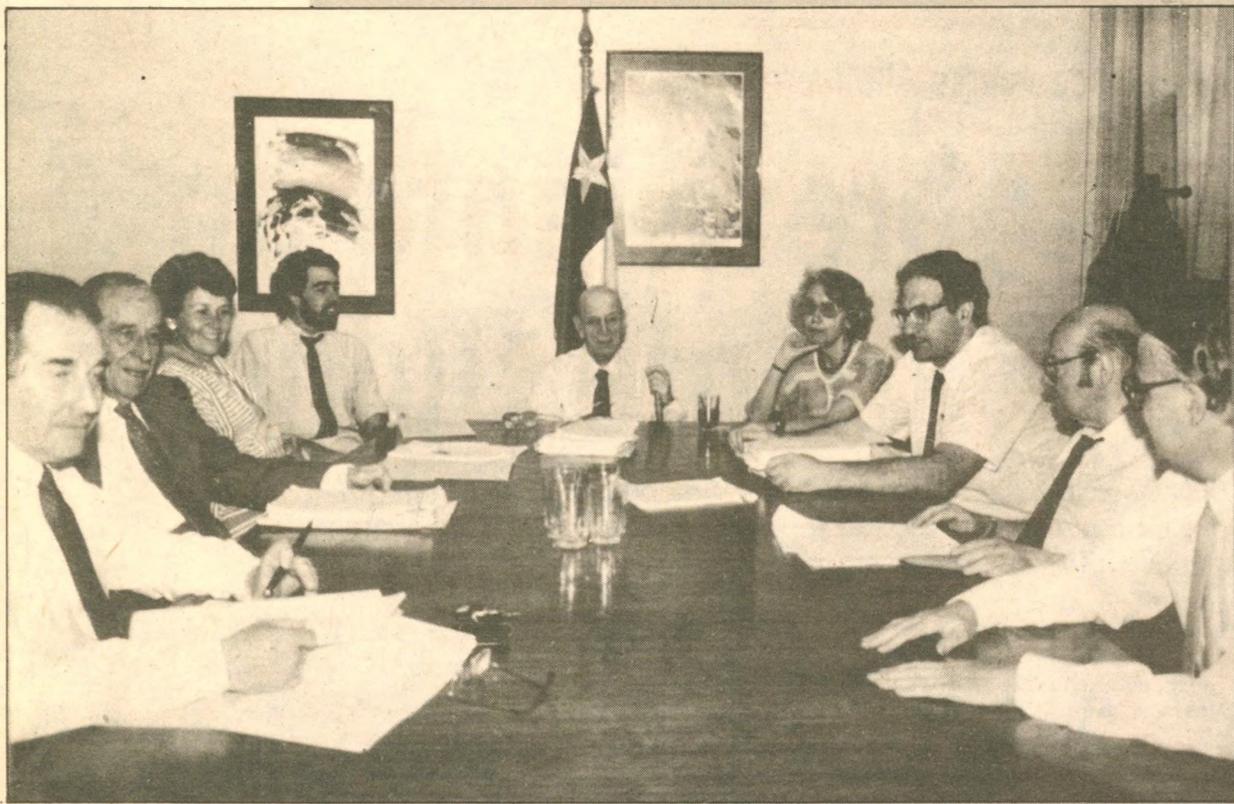
"Para traicionar a alguien hay que haberse comprometido con él. A quien sí traicioné fue al PS, a la izquierda y a mis compañeros. No a la DINA".

alma y el alma muere en la inconsecuencia de no asumir. Pero, no se equivoque: amo la vida.

—¿Cómo se produjo su proceso de conversión religiosa?

—Las cosas no ocurren de un día para otro. Cada ser tiene su historia y ella influye en las opciones que se asumen. La fe no es algo que se adquiere al sólo desearlo. Es Cristo el que se hace presente en la vida de la personas como una revelación. Llegó un momento en que pude sentir que yo, la cobarde, la traidora, la delatora, también soy hija de Dios.

"Esto se produjo en mí cuando, después de muchos años, pude aceptar lo que soy, con cosas buenas y malas. Pero esa novedad no está constituida sólo de mis miserias o del mundo violento jalonado de vidas truncadas, del horror de un submundo. La novedad fue poder ini-



"En la Comisión Rettig encontré personas sensibles al dolor ajeno y que no hacían diferencias de ideologías o doctrinas."

ciar un camino para encontrar respuestas a las miles de preguntas que me surgían y que por momentos sentí que no podría enfrentar sin morir o enloquecer. Gracias a la ayuda de muchas personas, entre los que se encuentran sacerdotes amigos, mi familia, pude sentir a Dios".

—¿Y qué significa para usted ser cristiana?

—Intentar una síntesis entre lo que creo y lo que hago, romper con una vida dividida, con esa forma esquizofrénica a la que parecía irremediablemente condenada. Aportar con mi grano de arena a que impere la verdad, el arrepentimiento, el perdón y la reconciliación. El desafío que enfrenta todo cristiano es que el Señor desea que se promueva la justicia.

Un doloroso aprendizaje

¿Qué le diría a quienes la califican como una "delatora"?

—Que tienen razón. Me costó aceptarlo. Sé del desprecio por mí misma, pero creo que en la medida que lo viví aprendí muchas cosas. Fue doloroso. De esos aprendizajes que no se olvidan. Nunca voy a olvidar a una amiga, sicóloga, que consiguió que me dieran atención médica gratuita. Ella me decía: ¡Y ahora qué vas hacer! ¿Un hoyo para meterte en él y nunca más salir? Debes tener claro que es tú decisión, pero si entras, debes llevar contigo todo. Fue saber que fuera donde fuera iría todo conmigo, había sólo una opción.

No busco odio ni venganza

Si tuviera al frente a personas que como usted fueron detenidas, se transformaron luego en colaboradoras y aún siguen perteneciendo a esos servicios de seguridad. ¿Qué les diría?

—Que entendieran que yo no busco odio ni venganza. Se trata de respon-

der al país y a los familiares de las víctimas. Mi declaración fue una opción libre y voluntaria, producto de una necesidad interior. Hay un momento en que uno acepta que es un traidor. Lo decisivo es cómo se enfrenta esa realidad. Son muchas las op-

ciones. Hay muchas opciones que parten con asumir exclusivamente el rol de víctima, lo que lleva a pensar que uno no es responsable, que son las circunstancias, que "las cosas pasan"... A mí también me pasó. Primero asumí y reforcé la nueva lealtad.

—¿Se arrepiente de algún episodio de su vida: de su militancia socialista, de su colaboración con la DINA o de su profesión?

—Las cosas no son así. En la vida de un ser cada hecho, cada paso está construido sobre éxitos y fracasos anteriores. No reniego de las opciones asumidas. Siento gran dolor por todo el daño que en mi vida he causado, por eso intento responsabilizarme de mis actos, aprender de la experiencia propia y ajena para no repetir errores y reparar hasta donde sea posible. Duele, porque hay cosas irreparables.

—¿Siente usted la nece-

sidad de pedir perdón? ¿O cree que es a usted a quien tienen que pedirle perdón?

—Tengo la necesidad de ser perdonada. Sé que el pedir perdón es un gesto que involucra reconocer que se ha hecho daño, sumado el hecho concreto de intentar reparar hasta donde sea posible. Pedir perdón puede ser muy doloroso, cuesta mucho, pero sin ese paso, no se puede construir nada.

"Nunca pensé que alguien deba pedirme perdón y, sin embargo, hay quienes lo han hecho. No sólo ahora. Ya en los tiempos de la DINA o de la CNI, mucha gente se acer-

"Declarar ante la Comisión Rettig me ha separado de los que amo, de mis lugares propios, me siento objeto de la curiosidad pública, pero valió la pena..."

Luego intenté marginarme de mi pasado y traté de construir una nueva vida. Eso lo hice durante una década, entre 1980 y 1990, y no pude. Ningún logro familiar, académico o personal pudo aplastar mi conciencia.

"Una de mis cobardías fue decirme que ojalá otro diera el primer paso. De alguna manera eso habría atenuado la responsabilidad que sentí y que siento.

"Y finalmente, opté por asumir yo misma. A ellos les puedo decir que sí valió la pena y que sólo ahora mi vida tiene sentido. Antes vivía, respiraba, me levantaba porque sonaba un reloj. Hoy vivo de verdad y me siento libre. Quisiera agregar algo. Creo que la "generación truncada" debe legar la verdad a los que vienen. Será la única manera que nuestros jóvenes entiendan el valor de construir y no de destruir".

có a pedirme perdón. Al principio no sabía qué hacer. Hoy sé que ese gesto cuesta pero vale la pena. Creo que sólo los cobardes son los que nunca piden perdón".

—Se ha dicho que usted es una mujer fría, incluso en los momentos límites.

—Sé que se ha dicho que soy una mujer dura, cruda o demasiado realista. Quizás sea una de las tantas secuelas. Lo reconozco. Es algo que aún me queda por superar.

—¿Leyó el Informe Rettig?

—Sí, y durante horas reviví lo pasado. Volví a sentir mucho dolor. Creo que

es un hito con valor histórico. Es irrefutable, pero como el mismo informe lo dice, hay muchas cosas que investigar y profundizar, especialmente en lo que dice relación con los detenidos desaparecidos.

—¿Qué sintió al ver su testimonio publicado en diarios y revistas chilenos?

—Me sorprendió. Siento que haya trascendido. Hay cosas que fueron dichas a la comisión y no a la prensa y que hubiera preferido mantener en reserva. La opinión pública debe conocer los hechos, no se trata de guardar secretos, pero es importante que todo lo que sea de competencia de los tribunales no sea prematuramente entorpecido. Ahora hay que asumir lo hecho y eso me coloca en una posición que no busqué. Lo que partió como una opción personal, se transforma hoy en una responsabilidad.

—¿Cuáles han sido las consecuencias que le ha acarreado en lo personal testimoniar ante la Comisión Rettig?

—Hay costos altos. Me siento separada de quienes amo, de mis lugares propios, objeto de la curiosidad pública. Pero vale la pena. Pude recuperar la condición de ser humano, que siente que puede averiguar cuánto de sí quedó en el camino y cuánto puede reconstruir.

"Tengo hijos y una familia a la que amo y sin su apoyo no habría podido enfrentar nada. Fue el calor de un hogar que surgió y creció una esperanza de luchar por ser una persona, ese fue el paso inicial que me llevó a conocer a Dios y estudiar Teología. Poco a poco comprendí que la única tranquilidad es tener la conciencia en paz. La felicidad radica en despojarse de lo pequeño, mezquino y egoísta, que me había llevado a creer que sólo podía vivir tranquila estando escondida. Me equivoqué. Por años traté de cerrarme al pasado que ni siquiera podía mirar. Un día, no pude hacer más abstracción de aquellos que destruí. Pensé que moriría en el intento. No fue así y por añadidura recibí paz interior.

—¿Sus hijos saben la verdad?

—Ellos lo saben todo. El que sepan que su madre cometió muchos errores y como todos de seguro, seguirá equivocándose pero al menos intentó reparar, es el mejor regalo que puedo dejarles.



La Villa Grimaldi fue uno de los centros que conoció la transformación de Luz Arce: de detenida a delatora, e integrante de la ex DINA.